

tados, ni dar á entender que con las notas se ha completado enteramente la historia de América. Trabajo era este que nunca pudiera completarse por medio de notas, á las que poco aficionados, solo las hemos puesto donde eran casi de absoluta necesidad.

Por desgracia no han faltado borrones que empañen el brillo de nuestras conquistas; pero entre referir los hechos con la imparcialidad que requiere la gravedad histórica, y despojarlos de la animosidad con que los recarga la envidia extranjera, hay un término medio que hemos procurado conciliar. Hacerlo así, mas que obligacion era una gustosa tarea, para quien ya tiene dadas algunas pruebas de su interés por las glorias de España.

F. F. VILLABRILLE.

## PRIMERA PARTE.

CRISTOBAL COLON.

I.

*Nacimiento de Cristóbal Colon.—Su infancia.—Su educacion.—Sus estudios en la universidad de Pavia.—Primeras campañas.—Un abordaje.—Colon en Lisboa.—Sus proyectos.—Su matrimonio.—Su permanencia en Madera.—El médico de Florencia.—Proposiciones de Colon á la república de Génova, á las cortes de Lisboa, Londres y España.—Ignorancia de sus jueces.—El superior de un convento español.—Nueva repulsa de la corte de España.—Consecuencias de la conquista de Granada.—Regreso triunfal de Colon.—Firmase el tratado con el gobierno español.*

ENTRE los hombres célebres que han figurado á su vez en la escena del mundo, y formado época en sus siglos por el ascendiente de su génio, hay uno que ha merecido por excelencia el renombre de grande.



Su gloria durará tanto como el universo, y la posteridad más remota tributará á su memoria unánimes homenajes, porque le debemos el descubrimiento más importante con que el hombre puede envanecerse: este hombre memorable es CRISTÓBAL COLON, que adivinó y encontró un nuevo mundo.

Nació por los años de 1435 ó 1436, en las cercanías de Génova, y hasta la presente no se ha podido descubrir la fecha cierta y precisa de su nacimiento; las más activas y minuciosas investigaciones no han podido resolver este problema. No era hijo de un marino, como ha pretendido la mayor parte de los historiadores, sino de un cardador de lana; no obstante, contaba en su familia muchos hombres de mar, y ya desde su infancia le divertían con narraciones de aventuras marítimas, que contribuyeron á determinar su vocación á una carrera en que la gloria ofrece tan brillante compensación á los trabajos y peligros.

Colón, todavía niño, anunciaba, dejaba presentir lo que debía ser algún día: todos sus juegos, todas sus diversiones, tenían ya el carácter de un estudio grave y revelaban el serio aprendizaje de la vida de marino. Su padre, aunque pobre, apuró sus esfuerzos para cultivar las brillantes disposiciones del mayor de sus cuatro hijos. Colón á la edad de diez años, sabía leer, escribir, dibujar, y sus progresos en las matemáticas habían asombrado á sus maestros.

Le enviaron á la universidad de Pavía, donde estudió la gramática y el latín, que se consideraba en

tonces como la base de la educación, y después la geografía, astronomía y navegación; pero esta ciencia, entonces tan limitada, no podía satisfacer al joven estudiante, que sabiendo á poco tiempo cuanto los profesores de la universidad de Pavía podían enseñarle, dejó bien pronto los bancos del aula para volver á la casa paterna.

A los catorce años empezó á navegar en el golfo de Liguria, y un año después se le vió mandar y dirigir una pequeña embarcación, con la que hizo muchas veces la travesía de Génova á Nápoles, y de Nápoles á Marsella. Tenía ya algunas de las cualidades del mando; la decisión, la firmeza de carácter que fuerza á la obediencia, aquella penetración y aquella presencia de espíritu tan necesarias al marino en su peligrosa carrera, y no tardó en dar pruebas de su valor. Después de haber tomado parte en la expedición que dirigió Juan de Anjou, duque de Calabria, para reconquistar el reino de Nápoles, mandó en 1474 muchos buques genoveses al servicio del rey de Francia Luis XI, durante la guerra que tuvo que sostener contra la España, cuyas tropas habían invadido el Rosellón.

Bien pronto la república de Génova reclamó para su propia defensa los servicios de Cristóbal Colón. Habíase reanimado con nueva fuerza la antigua rivalidad entre esta república y la de Venecia, y el Mediterráneo era el teatro de encarnizados combates entre los navíos de las dos potencias rivales. En uno de estos frecuentes encuentros, en que se



combatía por una y otra parte con igual encarnizamiento, el buque en que Colon servía á las órdenes de uno de sus parientes, fué atacado por otro veneciano de superiores fuerzas. Despues de cerca de dos horas de combate, llegaron á el abordaje, y en aquel crítico momento el fuego estalló á bordo de los dos buques. El incendio se extiende con violencia y obliga á suspender los ataques de los combatientes, para que piensen en los medios de escapar de la muerte que les amenaza sobre sus embarcaciones medio consumidas. Se precipitan en las chalupas; pero estas no pueden dar cabida á todos los infelices que en ellas buscan su refugio, y la mayor parte perece entre las olas. En medio de aquel espantoso desastre, en medio de los gritos de los moribundos, un jóven conserva su sangre fria, y sereno mientras que sus compañeros de armas, aturdidos á vista del doble peligro, corren á su perdicion atestando las chalupas, á las que hacen zozobrar, él se queda el último sobre el puente de su embarcacion. Esperando el momento mas favorable para abandonarla, salta de improviso á el agua, y como experimentado nadador, lucha contra las olas, se apodera del primer fragmento de navío que encuentra, y ayudándose con él para no ser sumergido, se dirige hácia la costa, de que le separaban dos leguas largas. La costa era la de Portugal y el atrevido y afortunado navegante era Colon. Escapado como por milagro de este horrible naufragio que habia costado la vida á todos sus compañeros, sobr viviendo el único á aquel

gran desastre de los dos navíos, se hincó de rodillas para dar gracias á la Providencia que le habia salvado, y despues de algunos dias de descanso se encaminó á Lisboa.

No hay mal que por bien no venga: Colon debió á la catástrofe que le arrojó á las costas de Portugal, la gloria de que se cubrió en lo sucesivo.

En aquella época los portugueses eran los mas hábiles y audaces marinos del universo. Aventurándose en el Océano Atlántico, que era entonces casi desconocido á las demás naciones, habian hallado el premio de su valor é intrepidez en el descubrimiento de dos islas importantes, situadas en las inmediaciones de Africa, y á las que llamaron Porto-Santo y Madera. Animándose con este brillante resultado, concibieron el proyecto y la esperanza de descubrir un paso para llegar hasta la India.

Cuando se consulta la geografia de los antiguos, se ve que no conocian mas que el Norte de Africa y una corta parte de la Etiopia [1], é ignoraban si la

[1] *Plinio, sin embargo, dice que ya en tiempo de Alejandro se habia dado vuelta á el Africa, y que se habian encontrado en el mar de Arabia reliquias de naves españolas. Cornelio Nepote tambien hace una indicacion sobre este particular.—En cuanto á las excursions en el grande Océano, ya las hacian los españoles desde el tiempo de los fenicios. Un piloto de Cádiz viéndose perseguido por una nave de aquellos, la atrajo á unos escollos, donde perecieron los dos buques, sin descubrir el secreto del viaje.—[Nota del traductor.]*



tierra se extendía hasta el polo Norte ó si terminaba en alguna parte hácia el lado del Mediodía.

Colon ya estaba precedido en Lisboa por su reputacion; ya se habia oido hablar de sus talentos, de su valor, y los mas hábiles marinos le acogieron con las demostraciones de la mas sincera estimacion de sus conocimientos. Admitido en su intimidad, bien pronto los tuvo á todos por amigos, y en los frecuentes coloquios que tenia con ellos, la conversacion giraba siempre sobre las empresas de los portugueses y sobre el plan de que pensaban valerse para descubrir un camino que les condujese á la India por el Atlántico. Los venecianos eran entonces el único pueblo que comerciala con la India, y debian á este privilegio exclusivo la mayor parte de sus riquezas y su poder. Recibian los productos indios por el Mar Rojo, que debe su nombre á el color de la arena que contiene, y por el Mediterráneo; pero estos dos mares, no comunicando entre sí, hallándose separados por un istmo muy ancho, era preciso que las mercaderías al llegar á este istmo, fuesen desembarcadas para llevarlas á Alejandría de Egipto en camellos ó por los canales, y desde allí las hacian ir á Venecia por el Mediterráneo. Se concibe fácilmente qué trastornos y al mismo tiempo qué perjuicio causaban al comercio de la India esta necesidad de cargar y descargar las mercaderías, y estos transportes por tierra desde el Mar Rojo hasta la ciudad de Alejandría: así se explica la preocupacion constante de los espíritus y la importancia que se daba

al descubrimiento de un camino que hiciese las comunicaciones menos lentas y menos dispendiosas.

Otra circunstancia favoreció tambien los proyectos de Colon. Se casó con la hija de uno de los capitanes con quienes habia adquirido relaciones en Lisboa, precisamente con el que habia descubierto las islas de Porto-Santo y Madera, y así pudo consultar á su placer los diarios y los mapas de aquel hábil navegante. Estos documentos tan preciosos para él, eran el objeto de sus estudios y sus meditaciones; ni de noche ni de dia se le caian de la mano, comparándolos con las nociones trasmitidas por otros navegantes, con sus relaciones, y las diversas hipótesis de la ciencia. Adquiria en este asiduo trabajo nuevo ardor, nueva energía para la realizacion de los proyectos que tenia en la mente, é inflamado con el deseo de seguir las huellas de navegantes célebres ya por sus dichosas exploraciones, quiso visitar por sí mismo las islas nuevamente descubiertas. Se embarcó para Madera, donde permaneció algunos años y aumentó sus medianos haberes, frecuentando sucesivamente las Azóres y las Canarias en sus especulaciones comerciales.

Estas especulaciones y estas correrías no podian distraerle del objeto que se habia propuesto, ni hacerle perder de vista el principal asunto de sus reflexiones. "¿No hay, se preguntaba muchas veces á sí mismo, otro camino para ir á la India me oigo largo que el que buscan los portugueses al rededor del Africa? Si partiendo de Europa se caminase via



recta al Oeste al través del Océano Atlántico, ¿no se llegaría á una tierra que fuese la India, ó por lo menos confinase con ella? Si la tierra es redonda, como yo creo, es de presumir que el otro hemisferio ha sido criado por Dios para otros hombres y otras criaturas. No, yo no puedo creer que el mar cubra enteramente con sus olas este hemisferio; mi razon rechaza esta idea; estoy convencido por el contrario, de que la India es mucho mas vasta de lo que se piensa, y probablemente se extiende muy lejos al Este de Europa. Que una embarcacion guie constantemente al Oeste y llegará á la India.”

Otros indicios y observaciones le confirmaron en la opinion de que debian existir tierras al otro lado de nuestro globo. El capitán de un navío portugués que habia avanzado hácia el Oeste en el mar Atlántico, habia recogido un pedazo de madera artísticamente trabajado é impelido por los vientos de Oeste. El cuñado de Colon le habia asegurado que en uno de sus viajes, con rumbo desde Madera hácia el Oeste, habia encontrado otro pedazo de madera cuyas labores se parecian á las del precedente, y otros varios se habian encontrado en diversas épocas en las costas de las islas Azores, situadas en el Océano Atlántico entre Europa y América, y á las que se llama tambien islas de los Gavilanes. De tiempo en tiempo, árboles de especie aun desconocida y empujados por los mismos vientos, habian sido arrojados á las costas occidentales de estas islas, y por último, en ella misma se habian

encontrado los cadáveres de dos hombres cuyo rostro no se parecia de modo ninguno al de los habitantes de Europa, Asia y Africa, lo que habia dado motivo á conjeturas muy contradictorias.

Estos datos y estas observaciones fortalecian la conviccion del navegante genovés, que habia decidido la cuestion á favor de su idea fija, mientras que los sabios titubeaban: no obstante, creyó que debia consultar todavía á los hombres que en aquella época gozaban la doble autoridad del saber y la experiencia: aquél cuyas luces y reputacion inspiraban mas confianza á Colon, se llamaba Paulo y era médico en Florencia.

Este sabio acogió á Colon afectuosamente, y despues de haber escuchado su razonamiento, que le pareció muy juicioso, le comunicó sus propias observaciones y sus hipótesis, que se conformaban con las de Colon, animándole con ahinco á persistir en su resolucion de llevar cuanto antes á cabo un proyecto cuyos buenos resultados le presagiaba.

Animado con estas palabras, Colon no titubeó en acometer una empresa cuyo plan, sometido al examen de un juez tan competente, habia merecido su honrosa aprobacion; pero una nueva dificultad detenia á el navegante. ¿Podia él con sus escasos recursos subvenir á los gastos de un armamento considerable? ¿Podia él, á su costa, armar los buques necesarios para tan largo viaje? Colon no desesperando de vencer este obstáculo, conoció bien pronto que semejante expedicion excedia á los medios pe-



cuniaríos de un simple particular y que debía interesarse en el resultado de su empresa á uno de los monarcas de Europa.

Primeramente se acordó de su patria, para que gozase el fruto de sus descubrimientos, asociándola á la gloria que él se prometia: se dirigió pues al senado de Génova, presentóle sus planes y solicitó los socorros que le eran necesarios para su ejecucion; pero el senado no vió en Colon mas que un aventurero, y respondió á sus proposiciones con una insultante negativa.

Colon lejos de desanimarse, se dirigió á la corte de Portugal, donde tenia mas probabilidades de alcanzar su pretension, puesto que el gobierno portugués se habia ya ilustrado con atrevidas expediciones. En Lisboa prestaron la mayor atención á sus ideas y sus proyectos; pero esta benevolencia ocultaba un lazo tendido á la buena fé del navegante. Aparentaban acogerle con entusiasmo, para abusar de sus revelaciones, ganarle por la mano en su exploracion marítima y arrebarle el honor de ella. Esto era una traicion infame, y el gobierno que se hizo culpable de ella ha merecido el baldon de la historia.

A pesar de todo, la traicion fué inútil á este gobierno desleal. Se habia dado prisa á armar un navio, poniéndole á las órdenes de un capitán encargado de ejecutar el proyecto de Colon; pero este capitán carecia de la conviccion tan indispensable para llevar á cabo las grandes empresas. Navegó al-

gun tiempo hácia el Oeste; pero se cansó bien pronto de una correría sin resultados, y volvió á Lisboa, donde su desaliento y sus quejas suscitaron algunas dudas acerca de la exactitud de los cálculos de Colon. En cuanto á éste, indignado de la perfidia del gobierno portugués, salió precipitadamente de Lisboa y se puso en camino para España; pero temiendo que todavía se malograsen sus pasos, envió á su hermano Bartolomé á Inglaterra para solicitar sus socorros.

Ocupaba entonces el trono español Fernando llamado el *Católico*, príncipe á quien su circunspecta política y su carácter indeciso retraian de las empresas aventuradas. Se hallaba por otra parte empeñado en una guerra contra el último rey de los moros de Andalucía, que tenia su residencia en la ciudad de Granada. Las circunstancias por consiguiente eran poco favorables á Colon, que no podía prometerse grande acogida á sus proyectos; no obstante, Fernando y la reina Isabel su esposa, le recibieron con distincion, le escucharon atentamente y dieron muestras de haberle comprendido; pero eran tan atrevidas las pretensiones de Colon, que el monarca no se atrevió á acceder á ellas sin someterlas al exámen de hombres que pasaban por muy instruidos. Estos hombres, cuyos conocimientos eran muy limitados solo dieron á Colon las pruebas mas patentes de su crasa ignorancia, haciéndole las objeciones mas extrañas y absurdas; segun algunos, el mar que se extiende entre la Europa y la India era tan vas-



to, que se necesitaban por lo menos tres años de la mas feliz navegacion para llegar al continente mas inmediato; otros pretendian que siendo la tierra redonda, era imposible que no se bajese constantemente, haciéndose á la vela hácia el Oeste, y que si se quisiese retroceder seria preciso subir, lo que no podría hacerse aun cuando el viento fuese favorable, y hasta habia algunos entre aquellos jueces, que trataban de poner en ridiculo á Colon preguntándole en tono de burla ¿si acaso creia ser mas instruido que los millares de sabios que habian vivido antes de él, y si era probable que admitiendo la existencia de tierras al otro lado de nuestro globo, hubieran podido permanecer ignoradas por tan larga sucesion de siglos?

No desanimó á Colon la necedad y orgullo de tales jueces; lejos de eso, no dejó traslucir su despecho y su cólera contra sus objeciones, que como se ha visto, tenian á veces visos de insultantes: llevó su reserva y moderacion hasta el punto de discutir las. ¿Quién lo creeria, si el testimonio irrefragable de la historia no probase la infatigable perseverancia de Colon? Pasó cinco años en estas interminables discusiones, y en el momento en que esperaba al fin lograr el objeto de sus desvelos, supo que habian dado al rey un informe desfavorable, y la corte de España le declaró que mientras durase la guerra contra los moros, no podia ocuparse en empresas de esta especie.

**Este era un pretexto que no se ocultó á Colon;**

pero contuvo su indignacion y no acordándose de sus cinco años perdidos en tan penosa expectativa, tanteó el interesar en la ejecucion de sus proyectos á dos grandes de España, que eran bastante ricos para costear los gastos de una pequeña expedicion; pero como estos señores no tenian confianza ni resolución suficientes para satisfacer á la demanda de Colon, sufrió nueva negativa.

Tantos desengaños, contrariedades y repulsas, hubieran determinado á otro que no fuese Colon á renunciar á sus proyectos; mas si hubiera desahogado de su ejecucion, no hubiera sido un grande hombre. Las grandes almas y los caracteres de buen temple adquieren nueva energía en la lucha que les pone á prueba. ¿Qué importan los obstáculos y las dificultades que el odio, la ignorancia y la envidia siembran en su camino? Fija la vista en su glorioso fin y en la posteridad que es su único juez, marchan adelante, sin inquietarse por la indiferencia é ingratitud de sus contemporáneos; del porvenir es de quien esperan justicia y ésta nunca la esperan en vano. Tal fué Colon; debió su gloria á su firmeza inalterable.

Entre tanto nuevas pesadumbres domésticas aumentaban las tribulaciones de su permanencia en España. El silencio guardado por su hermano Bartolomé desde su partida á Inglaterra, decidió á Colon á pasar á esta isla. Ignoraba entonces que Bartolomé habia sido apresado en su travesía por unos piratas, y que consiguiendo romper sus cade-



nas, habia llegado por fin á Inglaterra, pero en tal estado de miseria, que á fin de procurarse los medios para comprar un traje decente para presentarse en la corte, se habia visto obligado á dibujar y vender mapas.

Colon tenia un hijo llamado Diego, al que amaba mucho, por lo que antes de salir de España, quiso verle, y se presentó en el convento donde era educado [1]. El superior de esta casa religiosa, el padre Perez, era un hombre muy sabio, que hizo buena acogida á Colon, escuchando con interés la exposicion de sus planes y la narracion de las contradicciones que ya habia experimentado. El buen religioso comprendió al instante la grandeza y utilidad de la empresa concebida por el genio de Colon, y confiado en su crédito con la reina Isabel, suplicó á su huésped que retardase su partida á Inglaterra hasta que la reina respondiese á la carta que iba á escribirle.

Esta carta en que el padre Perez hacia las representaciones mas enérgicas á Isabel, hizo la mas profunda impresion en el ánimo de esta princesa. Llamado inmediatamente á la corte, Colon fué recibido con bondad por la reina, y ya los amigos del na-

[1] *Este convento era el de la Rávida, de religiosos franciscanos, no lejos del puerto de Palos. El superior ó guardian se llamaba el padre Juan Perez Marchena, hombre muy instruido y entusiasta por las glorias de su patria.*—[Nota del traductor.]

vegante le felicitaban por su inesperado triunfo, cuando la indecision de Fernando dejó aun fallidas sus esperanzas. Sometió este príncipe de nuevo los planes del genovés á los mismos hombres á quienes ya habia consultado sobre el particular, y su respuesta fué un nuevo decreto de condenacion, fulminado contra el que ellos llamaban el aventurero italiano. Fernando no quiso desde entonces oír hablar mas de la empresa de Colon, y hasta su protectora la reina Isabel mandó que se cortasen con él las negociaciones.

Hele aquí expuesto de nuevo á los desdenes y sarcasmos de los cortesanos, porque nunca faltan al redor de los príncipes hombres perversos que miran como cosa de juego la calumnia, y que arrastrándose á los piés de sus amos, procuran excitarles una sonrisa aprobadora, escarneciendo al hombre de mérito que ha incurrido en su desgracia. Los envidiosos, que tenian ya tal vez el presentimiento del brillante destino reservado á Colon, no le guardaron consideraciones. Parece que este, agobiado de disgustos y aun ultrajes, debiera sucumbir bajo el peso de la adversidad; pero su alma era mas fuerte que ella: se dispuso á hacer la última tentativa con el rey de Inglaterra, ofreciéndole una parte del mundo desdeñada por tres potencias.

La noticia de la conquista de Granada por los españoles sorprendió á Colon en medio de sus preparativos de partida. Esta victoria de Fernando y de Isabel habia destruido el imperio de los moros



en España, y un acontecimiento tan dichoso, pareció á los amigos de Colon la ocasion mas propicia para recordar á la reina los proyectos del navegante genovés. Aquellos dos hombres se fundaban en que la prosperidad prepara el corazon humano á los nobles pensamientos y le anima á la ejecucion de empresas grandiosas. Quintanilla y Santo Angelo se expresaron con tanto calor y entusiasmo acerca de los proyectos de Colon, y defendieron tan bien su causa, que la reina y su esposo no opusieron mas resistencia. Un mensajero fué enviado para alcanzar á Colon, que ya habia partido, y su regreso fué un triunfo. Esperado con impaciencia por Fernando y su esposa, les presentó las condiciones de la expedicion que iba á intentar: fueron inmediatamente aceptadas, y Colon se preparó á la ejecucion de su empresa.

En fin, ya tiene en sus manos el acta, ó mas bien el tratado revestido de las firmas de Fernando y de Isabel. Este tratado le confiere el vireinato de todas las comarcas que pueda descubrir, garantizando para siempre la trasmision de esta dignidad á sus descendientes: además le asegura, tanto á él como á toda su posteridad, un décimo del producto anual de las tierras descubiertas.

## I.

*Singular cláusula del tratado.—Preparativos de la expedicion en el puerto de Palos.—Alonso Pinzon.—Gastos del armamento.—Composicion de la escuadra.—Efectivo.—El 3 de agosto de 1492.—Partida.—El timon roto.—Terroros supersticiosos de los compañeros de Colon.—El almirante los tranquiliza.—Llegada á las islas Canarias.—6 de setiembre de 1492.—Escenas de desesperacion.—Declinacion de la brújula.—Los vientos alisios.—Síntomas de desaliento.—Explicacion del almirante.—Una rebelion á bordo.—Valor y serenidad de Colon.—Amenazas de muerte.—Convenio entre Colon y sus compañeros.—Tierra! tierra!—El Te-Deum.—Arrepentimiento y perdon.*

ISABEL en calidad de reina de Castilla, quiso encargarse sola de los gastos de la expedicion (1); aunque estipulando, que únicamente sus súbditos

[1] Para éste empeño sus mismas joyas á Luis de Santo Anjel, escribano de raciones, el que aprontó sobre las alhajas mas de 16000 ducados.—[Nota del traductor.]